

una se canta el matrimonio de dos pobres, y el esposo para consolar á su mitad, le dice:

Quan los aoutron mezeson, noi voiterin;
Quan les aoutron rireront, no plioverin.

« Cuando los demas coman, nosotros miráremos; cuando los demas rian, nosotros lloráremos. » Tres *caroules* del canton de Friburgo con las notas se encuentran en la coleccion hecha en Berna en 1836.

§ 5. CANTOS DANESSES.

Ya hemos citado los terribles cantos de los Escandinavos; pero tienen tambien canciones que respiran dulzura y amor.

La madre de Cristina está cosiendo; pero por el rostro de su hija corre el llanto.

« Cristina mia, mi querida hija, dime, ¿por qué está tan ajado tu semblante? ¿por qué están tus mejillas tan pálidas? »

— No debe admiraros que esté pálida y ajada; pues es mucho lo que tengo que cortar y que coser.

— Sin embargo, hay en la ciudad jóvenes mas lindas que tú, y que trabajan mas que tú.

— Ahora bien, ¿qué vale ocultarlo mas tiempo? Nuestro rey me ha seducido.

— Si nuestro rey te ha seducido, ¿qué es lo que te ha dado?

— Me ha dado un jubon de seda que he llevado con dolor. Me ha dado zapatos con las cabezas de los clavos de plata, que he llevado con angustia. Me ha dado un arpa de oro para tocarla cuando estuviese muy triste. »

Cristina pulsa la primera cuerda, y el rey la oye resonar desde su cama. Pulsa la segunda cuerda, y el rey no prolonga su reposo. Llama á dos sirvientes y les dice: « Traedme á Cristina. »

Esta viene, y permanecé en pié delante de la mesa. « ¡Oh rey! dice, habéis enviado á buscarme, qué me queréis? »

El rey le muestra almohadones de color azul celeste: « Ven á sentarte, mi querida Cristina, y descansa. »

— No estoy cansada y puedo permanecer en pié. Decidme qué queréis, y dejadme marchar. »

El rey se aproxima á Cristina, y le dá su corona de oro y el nombre de reina.

Otros pertenecen mas á la índole de los cuentos vulgares, bajo los cuales alguno quizá pudiera querer buscar los símbolos. Una joven padece, hallándose separada de su amante; un cuervo se le acerca y le promete conducirla á su lado, con la condicion de que ha de entregarle el primer niño que le nazca para devorarlo. Ciega de amor, acepta; va, concibe, pare, y el cuervo acude á reclamar su presa. La infeliz se arrodilla, llora, suplica, y ofrece cuanto oro y cuantas tierras posee; pero el

inexorable cuervo se apodera del niño, le saca los ojos, le chupa la sangre; solo que de repente se trasforma, de cuervo que era, en un hermoso joven, y el niño revive.

Un campesino va á edificar una casa junto á la habitacion de un enano de las montañas. Este irritado reúne á sus compañeros y molesta al campesino, hasta que, reducido al último extremo, le cede su esposa. El enano la abraza, y de improviso se vuelve grande y hermoso, presentándose ante ella como un caballero cortés y enamorado. Era un infeliz príncipe, al que únicamente un beso de mujer debía dar nueva vida.

Las predicciones y demas creencias septentrionales abundan tambien allí: ya son ruiseñores que anuncian á un amante la muerte de su amada; ya una joven que cae en poder de un marino, el cual la conduce á sus grutas de cristal en el fondo de las aguas; ya un joven que, habiéndose extraviado por la noche, llega á lo alto de una montaña donde bailan los duendes; uno de estos seres fantásticos le invita á bailar, y excusándose, apenas llega á su casa muere; ya una mujer, cuyo amante ha sido degollado y hecho trozos; ella recoge estos, los baña por la noche en la fuente de Mariboe, y su amante recobra la vida; ya doce mágicos, cada uno de los cuales posee un maravilloso secreto; uno puede guiar con su mano la tormenta, otro doma los dragones, otro sabe cuanto sucede en los países extranjeros, otro pasea bajo las aguas, otro tiene un arpa, á cuyos sonidos no hay quien resista y deje de bailar.

Este es el

Presagio de los ruiseñores.

En la corte del rey vivía maese Medel, su sirviente, y amaba á la hija del rey, hermosa joven. La reina llamó á su hija: « ¿Es verdad lo que de ti se dice? Entónces, pronto se alzaré la horca para él y la hoguera para ti. »

Cristina tomó su manto blanco, y fué por la noche á buscar á Medel. ¡Pobre Cristina! ¡Qué afligido tenía el corazón!

« Levántate, ¡oh! ábreme, Medel; déjame entrar. Acabo de hablar con mi madre, con la reina; me ha dicho que á ti te aguarda la horca y á mí la hoguera. »

— No, dulce amor mio, ni la hoguera á ti, ni á mí la horca: vé pronto; reúne todo tu oro; yo ensillo entretanto mi caballo tordo. »

Diciendo así, echó sobre ella su capa turquí, y ensilló su caballo. Saliendo de la ciudad, se sepultan en los bosques. Cristina dirige sus velados ojos á las nubes del cielo.

« ¡Oh! ¿te parece demasiado largo este camino? ¿Te hace daño la silla del caballo? »

— ¡Oh! no; el camino no es largo, pero la silla me hace daño. »

Medel extiende en el suelo su capa turquí:

« Cristina, detente; reposa aquí un instante. — ¡Oh! ¡si una de mis doncellas pudiese estar aquí para cuidarme antes de morir! »

— Tus doncellas están léjos de aquí, Cristina; y á mí solo me tienes para cuidarte.

— No, no; prefiero morir en esta dura tierra, á permitir que un hombre vea los dolores de una mujer.

— Pues bien, ata una cinta alrededor de mis ojos y de mi cabeza, y yo te medicinaré.

— ¡Oh Dios! ¡Si para aliviarme esta opresion de corazón trajeses un poco de agua! »

Maese Medel que la amaba con ardor y sinceridad, quitó el broche de oro de sus sandalias, y corrió á buscar agua para Cristina. Atravesó bosquecillos y espesos matorrales, y le parecía interminable el camino que conducía á la fuente. Cuando llegó, al salir del bosquecillo oyó cantar dos ruiseñores sobre su cabeza.

Cristina yacía en la yerba, y los cadáveres de dos gemelos recién nacidos estaban tendidos á su lado. Medel no habia hecho caso del presagio de los ruiseñores; atravesó todo el bosquecillo, y el camino le pareció muy largo; pero, en cuanto estuvo junto á la joven, se convenció de que el canto de los ruiseñores era un pronóstico verdadero.

Abrió con su mano una sepultura á propósito para los tres cadáveres, y los colocó en ella; y cuando les hubo echado la tierra encima, le pareció oír el vagido de los niños. En seguida apoyó la espada contra una piedra, y la punta le traspasó el corazón.

Amó á Cristina profunda y sinceramente, y á su lado duerme hoy en el seno de la tierra.

Pertenece á estas la fabulosa tradicion de que los muertos pueden levantarse del sepulcro, y volver á la tierra á consolar á un pariente, ó responder al voto de un amigo:

Diring fué á una isla lejana, y se casó con una hermosa joven. Siete años vivieron juntos, y ella le parió siete hijos. Habiéndose declarado entónces una peste en el país, arrebató á la bella y rubicunda esposa.

Diring fué á otra isla mas lejana, se casó con otra joven y la llevó en su compañía. Pero esta era áspera y mala: cuando entró en casa de su marido, los siete niños lloraban y estaban inquietos, y ella los rechazó con el pié, no les dió ni pan ni cerveza, y les dijo: « Sufriréis hambre y sed; » les quitó los colchones de color azul turquí, y dijo: « Dormid sobre la paja desnuda; » apagó las luces, y dijo: « Os quedaréis á oscuras. »

Los niños lloraban á una hora muy avanzada de la noche, y su madre los oyó desde el seno de la tierra, donde yacía. « ¿Que no me fuera da-lo (exclamó) ir á ver á mis pequeñuelos! » Presentóse ante Dios, y le pidió permiso para ir á verlos, siendo tantas sus súplicas que Dios se lo concedió: « Pero cuando el gallo cante le dijo, volverás á tu actual mansion. »

Levantóse la pobre madre, y salvando el muro

de piedra, atravesó por medio del pueblo. Los perros aullaban al sentirla pasar. Al llegar á la puerta de su casa, encontró allí á su hija mayor en pié. « ¿Qué haces abí en pié, pobre hija mia? (le dijo). ¿Cómo están tus hermanos y hermanas? »

— Sois una hermosa señora, pero no sois mi cara madre, pues mi madre tenia la mejilla blanca y rubicunda, y vuestra palidez es la de la muerte.

— Imposible que yo sea blanca y rubicunda, habiendo reposado tanto tiempo en el ataud. »

Entró en el cuarto y vió á los niños con los ojos lagrimosos. Tomó á uno y le peinó; despues trenzó el caballo á otro, hizo caricias al tercero y cuarto, cogió en brazos al quinto y le abrigó en su seno. Luego, llamando á la mayor: « Vé (le dijo) y ruega á Diring que venga. » Y cuando Diring vino, exclamó irritada: « Yo te he dejado pan y cerveza, y mis hijos tienen hambre y sed. Te he dejado colchones azules y mis hijos duermen en la paja desnuda. Te he dejado grandes fanales, y mis hijos están á oscuras. Si me pones en el caso de presentarme á ti muchas veces por la noche, lo pasarás mal. »

Entónces la madrastra dijo: « Quiero de hoy en adelante ser buena con tus hijos. » Y desde aquel dia, apenas el marido y la mujer oían aullar al perro, daban cerveza y pan á los niños; y no bien lo oían ladrar, huían temiendo ver aparecer á la muerta.

La que sigue es de la misma clase:

El caballero Agio fué á una isla y se casó con Elsa, joven muy hermosa. Un mes despues le abrigaba la negra tumba.

Elsa le lloró amargamente. El caballero oyó desde el sepulcro sus suspiros; levantóse, tomó el ataud sobre los hombros y se dirigió á su habitacion.

Llamó á la puerta con el ataud. « ¡Levántate, joven! Abre la estancia á tu esposo. »

— No, yo no abriré, si no puedes, como en otro tiempo, proferir el nombre de Jesus.

— Levántate, y abre la puerta. Puedo como en otro tiempo, proferir el nombre de Jesus. »

Elsa dejó el lecho con las mejillas llenas de lágrimas; abrió é introdujo al muerto en la estancia. Cogió un peine de oro y compuso los cabellos de su amado, vertiendo copioso llanto en cada cabello que le arrancaba.

« Amado mio, dime, ¿cómo te encuentras en la lóbrega tierra? »

— Cada vez que estás alegre, mi tumba se corona de hojas de rosa: cada vez que lloras, veo en mi ataud gotas de sangre.

— El gallo encarnado canta; es preciso que te deje, pues esta es la hora en que los muertos se retiran al seno de la tierra, y debo irme como los demas. El gallo negro canta; es preciso que baje á mi sepultura; las puertas del cielo están abiertas; debo decirte adios. »

El caballero se puso en pié, cargó con el ataud, y se adelantó poco á poco hácia el ce-

menterio; pero Elsa estaba afligida y acompañó á su amado al través del oscuro bosque.

Cuando hubieron atravesado el bosque y llegado al cementerio, los cabellos dorados de Agio perdieron el color; y en cuanto atravesaron el cementerio y entraron en la iglesia, las rubicundas mejillas de Agio se pusieron pálidas.

« Oye, mi querida Elsa. No llores á tu esposo. Alza los ojos al cielo, y mira: está hermoso con todas las estrellas. »

Elsa levantó los ojos y miró las estrellas. En esto el muerto bajó á su sepultura, y ella no le vió mas. La jóven se volvió tristemente á su casa, y al cabo de un mes ya no existía.

Estos piadosos extravíos de la general creencia en otra vida, en la cual dura el sentimiento de la presente y la correspondencia de afectos amorosos, se encuentran expresados en la poesía de todos los pueblos. Al principio de la guerra de Troya, Protesilao murió, y tales fueron sus suspiros por su vinda Laodamia, que Pluton le permitió ir á visitar, expirando ella en cuanto Protesilao la dejó. En tiempo de Plinio se mostraban aun en la tumba de Protesilao chopos, que desde que llegaban á la elevación de Troya, se secaban repentinamente y luego volvían á reverdecer.

En el *Decameron* tenemos la historia de Lisabetta, la cual aguarda día y noche á su amigo ausente, hasta que este se le aparece y le anuncia que los hermanos de la jóven le han muerto. Antes hemos visto á Orm ir á buscar la espada á la tumba de su padre, en otra canción danesa va uno á la de su madre en busca de consejos. En el *Edda*, la maga de Odin evocada exclama: « ¿ Quién turba el descanso de mi alma? Estaba cubierta de nieve, salpicada por el rocío, bañada por la lluvia; hace mucho tiempo que he muerto. » En una balada magyar, una jóven que había contraído esponsales inútilmente, y á quien atormentaba su amor hasta en la tumba, deja esta para ir á quitar á su amante el anillo que le había regalado. En una escocesa, un jóven que ha fallecido en Ultramar se aparece en una noche de invierno á su amante, y le suplica que le releve de los juramentos que le tiene hechos, pues que « hasta las escualidas sombras padecen al ver que se corresponde á su fe con la traición; y el amor, cuando es verdadero, vive mas allá del sepulcro. » En una alemana un amante viene á anunciar su propia muerte á su amiga, y le pide la mano; pero, en cuanto ella la toca, muere, y sube al cielo con una corona eterna. En otra, un niño, llorado continuamente por su madre, se levanta del lecho de muerte, y presentándose á ella, le dice: « ¡ Oh madre mía! no llores tanto, porque mi camisa está toda empapada en las lágrimas que viertes, y no me deja dormir en la tumba! »

Pudiera añadir á lo que precede el tambor que, al acercarse el enemigo, despierta del sue-

ño de la muerte para tocar generala; el cazador que abandona la sepultura para ir todas las noches á la caza del jabalí, y las tradiciones de que están tomadas la *Eleonora* y el *Cazador feroz* de Bürger. En una novela árabe, una jóven sale constantemente por la noche del sepulcro, para visitar á su amante; en una balada bretona, un pobre hace lo mismo y va á trabajar en su pequeño campo, á fin de pagar una deuda que había contraído.

En Éfeso (lo refiere San Agustín), se creía que San Juan no había muerto, sino que aguardaba durmiendo debajo de tierra la segunda aparición del Señor; y en prueba de ello decían que de tiempo en tiempo se veía moverse la tierra de su sepulcro y al compás de la respiración de su pecho. De igual clase son las ideas que suponen aun vivos á Arturo, Guillermo Tell y otros héroes, esperando la hora de socorrer á su país. Carlo Magno en el Wunderberg está con la corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano; la larga barba gris le cubre el pecho, y en torno de él están sus paladines: Dios solo sabe por qué aguarda. En una montaña de Salzburgo está Federico Barbaroja, y no volverá á aparecer hasta que su blanca barba no dé tres vueltas en torno de la mesa junto á la cual está sentado. Un pastor que se extravió en aquellos sitios, fué conducido por un enano á la gruta habitada por el anciano emperador, el cual le preguntó: « ¿ Aun vuelan los cuervos sobre la montaña? »

— Sí, respondió el pastor.

— Está bien; todavía me restan cien años que dormir. »

Cuando Federico se presente de nuevo, colgará el escudo de un árbol seco; y el árbol reverdecerá, y será señal de una edad nueva, edad de fortuna y de virtud.

Volviendo á la poesía popular danesa, véase un

Canto de amor.

« Hemos bogado con nuestras naves por las costas de Sicilia, y el valor no nos ha abandonado un instante. El buque andaba según nuestros deseos; procedimos, como espero procederemos siempre: sin embargo, la rubia jóven de Rusia nos desprecia.

» Cerca de Drontheim se empeñó la batalla. Había muchos guerreros; la lucha fué sangrienta. El rey sucumbió en la pelea. Yo me salvé de la mortandad; sin embargo, la rubia jóven de Rusia me desprecia.

» Diez y seis estaban sentados en los bancos de la nave. La tormenta muge, las olas se traغان el buque. Nosotros nos salvamos, como espero nos salvarémos siempre: sin embargo, la rubia jóven de Rusia nos desprecia.

» Yo sé hacer muchas cosas; combatir como valiente, guiar con mano firme el caballo, nadar, resbalar sobre la nieve, remar, lanzar fle-

chas: sin embargo, la rubia jóven de Rusia me desprecia.

» Viudas ó doncellas, pensadlo bien. Hemos dado batallas delante de las ciudades de Oriente; duro fué el choque de las espadas; dejamos las señales: sin embargo, la rubia jóven de Rusia nos desprecia.

» He nacido en costas donde se sabe tender el arco. He saqueado muchas veces los barcos enemigos entre los escollos. Léjos de las habitaciones, he recorrido el mar con mis buques: sin embargo, la rubia jóven de Rusia me desprecia. »

Las dos hermanas.

La jóven dice á su hermana. « ¿ No quieres casarte? »

— No; no tomaré marido antes de vengar la muerte de mi padre.

— ¿ Y cómo la vengaremos? No tenemos espada ni armadura.

— En estos contornos hay ricos compatriotas, y ellos nos prestarán vestidos de caballero. »

Se ciñen la espada y montan á caballo. En cuanto llegan á la habitación de Erland, ven á su esposa: « Esposa de Erland, ¿ vuestro marido está en casa? »

— Mi marido está en la sala, y bebe en abundancia con sus amigos. »

Las jóvenes abren la puerta. Erland se levanta para recibir las, da un golpe en la almohada azul, y dice: « Caballeros, ¿ no queréis reposar? »

— No estamos fatigados; pero siempre es bueno cobrar aliento.

— ¿ Sois casados, ó buscáis aventuras en el país? »

— No somos casados, buscamos aventuras en el país.

— Puedo indicaros en la isla dos huérfanas jóvenes y ricas.

— Si son ricas, ¿ por qué vos no les hacéis la corte? »

— Tendría en ello singular placer, si no me lo impidiesen mis pecados, pues maté á su padre y cortejé á su madre.

— Es verdad que mataste á nuestro padre; pero, en lo que dices de nuestra madre, mientes. »

Las jóvenes sacan las espadas con gracia mujerial, y hieren con fuerza de hombre. Dividen á Erland en menudos pedazos, como las virtudes que se ven en el bosque.

Las dos lloraron mucho cuando fué preciso ir á confesarse; mas por la muerte de Erland no tuvieron otra penitencia que la de estar tres días á pan y agua.

Ella

Ella está sentada en su casa, y borda un vestido; lo cose con seda y lo borda con oro.

Un mensajero va á decir á la reina: « Ella hace una labor extraña. » La reina se envuelve en su abrigo de piel y va á casa de Ella.

« Salud, Ella: cosas con calor, pero solo ejecutas un bordado raro. »

— Así tiene que ser. ¡ Tan mala suerte me ha cabido! »

» Mi padre era un noble rey; quince caballeros le servían á la mesa.

» Mi padre me cuidaba mucho; doce caballeros debían custodiarme.

» Once de ellos me servían diariamente, y el duodécimo me sedujo valiéndose de la astucia. El que me sedujo era Hildebrando, hijo del rey de Inglaterra.

» Hacía poco que estábamos en mi habitación, cuando mi padre tuyo aviso de ello. Llamó á sus gentes y les dijo: « Vamos, guerreros míos, echad mano á las espadas. »

» Lllaman á la puerta con la espada y con la lanza. « Levántate, Hildebrando, y ven acá. »

» Hildebrando me toca en la mejilla, y me dice: « No pronuncies mi nombre, por el amor que me tienes. »

» Pasa por el umbral, con su buena espada en la mano, y del primer golpe derriba en tierra á mis siete hermanos de los rubios cabellos.

» Solo quedaba el ménor á quien quería yo mucho, y exclamé: « Hildebrando, ¡ detenéos en nombre de Dios! Dejad vivir á mi hermano menor, para que lleve noticias nuestras á mi madre. »

» Apenas dije estas palabras, cuando Hildebrando cayó atrevesado con ocho heridas.

» Mi hermano me cogió de los cabellos, y me ató al arzon de su silla.

» No hubo matorral en el camino donde no dejase carne de mis piés.

» No hubo guijarro donde no dejase carne de mis piernas.

» No hubo estanque, por profundo que fuese, donde el caballo de mi hermano no se arrojase para pasarlo á nado.

» Cuando llegamos á casa, mi madre estaba traspasada de dolor.

» Mi hermano hizo construir una torre alta, y la llenó de duras espinas. Me tomó por el vestido, y me arrojó en aquella horrible cárcel.

» En cualquier parte que fijase el pié, las espinas me hacían brotar la sangre.

» Mi hermano quería atormentarme; mi madre me quiso vender.

» Mehan vendido por una campana nueva, que fué colocada en la iglesia de la Virgen.

» Al primer toque de esta campana, el corazón de mi madre se despedazó en dos. »

Cuando concluyó de hablar, Ella cayó muerta en los brazos de la reina.

El obispo Tomas Kingo (1703) compuso, entre otros himnos que se han hecho populares,

el canto que aun las guardias nocturnas de Copenhague repiten alternativamente :

Las 8.

Quando la noche cubre la tierra
Y el día se va,
Es la hora de acordarnos
De la negra tumba.
Hermosea ¡ oh buen Jesus !
Nuestros pasos
Hasta llegar al sepulcro,
Y danos una buena muerte.

Las 9.

El día ha desaparecido
Y la noche se difunde,
Por las llagas de Cristo
Perdónanos ¡ oh Dios misericordioso !
Preserva á la familia del rey,
Y á todo este reino,
De la violencia
De sus enemigos.

Las 10.

Si queréis saber la hora,
Marido, doncella, muchacho,
Es casi ya tiempo
De pensar en acostarse.
Recomendáos al Señor,
Sed buenos y prudentes,
Cuidad de las luces y del fuego,
El reloj ha dado las diez.

Las 11.

Dios, nuestro padre, nos protege,
Tanto á grandes como á pequeños :
El santo ejército de los Angeles
Forma un muro en torno de nosotros
Dios mismo guarda la ciudad,
La casa y el hogar.
Dios tiene bajo su custodia
Nuestra vida entera y nuestra alma.

Média noche.

Á la hora de média noche
Nació nuestro Salvador
Para consolar al mundo,
Que de otro modo estaba perdido.
El reloj da doce campanadas.
Vuestra lengua y vuestra boca
Desde lo mas profundo de vuestros corazones
Os recomienden al Señor.

La 1.

Ayudadnos, ¡ oh buen Jesus !
Á llevar con paciencia
Nuestra cruz en este mundo;
No tenemos otro Salvador
El reloj ha dado la campanada, etc.

Las proezas de Cristiano IV, el mas alabado de la dinastía de los Oldenburgos, que guió mas veces en persona los ejércitos, fueron celebradas por Ewale de Copenhague (-1481) con un canto que llegó á ser nacional, y que es conocido generalmente en aquel país :

El rey Cristiano está en pié (1) junto al alto árbol, entre el humo y el torbellino. Su espada hiere con tanta fuerza que despedaza el yelmo y el cráneo del Godo. Las armas y los vasallos enemigos caen en el humo y en el torbellino. « Salvémonos (gritan), huyamos todo lo posible. ¿Quién es capaz de resistir á Cristiano de Dinamarca en la batalla? »

Niels-Juel (2) ve el tumulto de la batalla. Ha llegado la hora; despliega la bandera encarnada, y persigue con golpes redoblados á los enemigos, que gritan en medio del tumulto : « Ha llegado la hora; huyamos, busquemos un asilo donde guarecernos. ¿Quién es capaz de resistir á Juel de Dinamarca en la batalla? »

« ¡ Oh mar del Norte! el relámpago de Vessel atravesó tu oscuro velo, y los combatientes se precipitaron entónces en tu seno; porque el terror y la muerte caminaban con él. Desde léjos se siente el ruido que forma tu oscuro velo al rasgarse. Tordenskiöld llega de Dinamarca, semejante al rayo. Encomendáos todos á la clemencia del Cielo y á la suya. »

« Tú que conduces á la gloria y al poder, camino de Dinamarca, mar grave y profundo, recibe á tu amigo que se adelanta sin temor, que desprecia el peligro, que es terrible como tú en el furor de la tempestad, ¡ oh mar grave y profundo! Al traves del tumulto de los vientos, de la batalla, de la victoria, condúceme á mi tumba. »

Ølenschläger, el mayor poeta danes (1779-1850), tomó de las antiguas tradiciones esta balada :

Ines está sentada sola cerca del mar, y las olas lamen dulcemente la orilla.

De improviso la ola se cubre de espuma, se eleva, y el delfin marino sale á la superficie. Lleva una coraza de escamas, que brilla al sol como tersa plata; tiene por lanza un remo, por escudo una concha de tortuga, una de limaza por yelmo; sus cabellos son verdes como cañas, y su voz se parece al canto de la paviota.

« Dime (exclamó la doncella), dime, hombre del mar, ¿cuándo vendrá el hermoso jóven que debe casarse conmigo? »

— Oye, Ines; yo soy el destinado á ser tu esposo.

« Poseo en el mar un gran palacio, con paredes de cristal.

« Á mi servicio están setecientas jóvenes, mitad mujeres y mitad peces.

« Te daré un trineo de madre perla, y la foca te arrastrará con la rapidez del rengifero por la superficie de las aguas.

« En mi asilo tapizado de verdura crecen grandes flores, como las de la tierra bajo el azulado cielo..... »

Ines se lanza en medio de las olas; el hombre de mar le ata al pié un lazo de junco,

(1) Kong Christian stod ved høien mast.

(2) Este y Tordenskiöld son almirantes, afortunados en muchas batallas.

y se la lleva consigo. Ocho años vivieron juntos, é Ines parió siete hijos.

Un día, estando sentada bajo su pabellon verde, oye las vibraciones de las campanas que suenan sobre la tierra.

Se aproxima á su marido y le dice : « ¿Consientes en que vaya á la iglesia á comulgar? »

— Sí, Ines; consiento en ello. Puedes partir dentro de veinticuatro horas. »

Ines abraza afectuosamente á sus hijos y les desea mil veces buena noche. Pero los mayores lloran al verla marchar, y los mas pequeños lloran en la cuna.

Ines sube al nivel del agua; ocho años había que no veía el sol.

Se acerca á sus amigos y estos le dicen : « Infame delfina, ya no te conocemos. »

Entra en la iglesia mientras suenan las campanas; pero todas las imágenes de los santos vuelven el rostro hácia la pared.

Por la noche, cuando la oscuridad reina en la tierra, se dirige á la playa; y una ambas manos ¡infeliz! y exclama : « Dios se lastime de mí y me lleve pronto junto á sí. »

Cae en la yerba entre las matas de las violetas. El pinzon canta sobre la rama verde, y dice : « Ines, vas á morir, lo sé. »

Á la hora en que el sol deja el horizonte, siente Ines palpar con fuerza su corazón y cierra los ojos.

Las olas se aproximan gemebundas, y llevan su cadáver al fondo del abismo.

Tres días permaneció en el seno del mar, y el cuarto apareció sobre la superficie de las aguas.

Un cabrerillo halló una mañana el cadáver de Ines en la arena, y fué sepultada en la orilla, detras de un escollo cubierto de musgo, que la protege.

Todas las mañanas y las noches aquel escollo esta húmedo. Los chicos del país dicen que el hombre de mar viene allí á llorar.

Del mismo autor tomamos las dos siguientes :

Tristeza de invierno.

La luna brilla pálida sobre la nieve; clara y fría está la noche. La Norna, en pié junto al sepulcro, escribe mágicas palabras á los piés del niño.

« Cuanto hayas de intentar, cuanto hayas de hacer, se encuentra establecido de antemano; y los años que has de vivir están marcados en tu frente. »

Dice y desaparece. Nadie sabe si ha dicho la verdad. La luna brilla pálida sobre la nieve : ¿qué ojos son capaces de leer en la noche?

Consuelo de verano.

Puro y resplandeciente está el sol; verde y florida la llanura. Balder, en pié bajo la encina, sostiene el valor del niño.

« Las palabras de la Norna no te den pena, Sigue tu camino con honor, con corazón recto y espíritu decidido. Tu destino está en tus manos. »

Dice y desaparece; pero su palabra consoladora es verdadera. Esparce alegría ó aflicción la suerte; la voluntad está en mi corazón.

Tambien los demas poetas modernos, Baggesen, Andersen, etc., han acudido á las tradiciones originales, conservando de este modo una fisonomía particular á su poesía. Concluyamos con el

Himno nacional de Dinamarca.

« Ondeá altivamente en las aguas del Báltico, Danebrog, encarnado como la sangre. La noche no ocultará tu esplendor, el rayo no te ha derribado; tú ondeaste sobre los héroes que cayeron en brazos de la muerte; tu cruz blanca elevó hasta los cielos el nombre de Dinamarca. »

« Habiendo descendido del cielo, ¡oh santa reliquia de los Daneses! has guiado á él héroes de esos que el mundo ve muy pocas veces. Mientras que la fama recorra las tierras y los mares, mientras que el arpa escandinava resuene, tu gloria no morirá, no. »

« Estremécete con valor al ruido de la batalla, estremécete ante el honor de Juel (el almirante danes). Cuando el trueno retumba y te envuelve en sus roulements, el valiente Tordenskiöld, canta, y si vuelas hácia el cielo, inflamado por el rayo, habla ante las estrellas del valiente Hvítfeld. »

« Á cada estrella que brilla puedes nombrar un héroe, pero ninguna que eclipse á tu gran Cristiano IV. Él, con vestido de triunfo, está sentado á la entrada de la region de la luz y recibe á los héroes que van á visitar á Oton Rud y Absalon. »

« Despliega soberbiamente tus colores en las costas de Dinamarca, en las costas de la India y en los países bárbaros. Oye la voz de las olas; celebra tus glorias, y la de tus defensores. Los que te quedan, se llenan de orgullo al oír tu nombre, y quieren correr á la muerte por tu honor. Surca, pues, los mares. Mientras no se rompan las corazas del Norte, mientras no cesen de latir todos los corazones daneses, no irás solo. »

§ 6. CANTOS SUECOS.

Las poesías populares de la Suecia se parecen á las de Dinamarca y las de Inglaterra, aunque son menos ricas. Algunas se creen anteriores al siglo XIV, cuando no habian estallado aun las implacables discordias entre la Dinamarca y la Noruega, y entre los nobles y plebeyos (1).

(1) Svenska Folkvisor de Geijer y Arvid Augusto Afzelius, 1814 Svenska Fornsangur de Arwidson. — Schwedens-

El Sueco siendo tan apasionado por la música, conservó juntamente con las canciones su aire; y según la norma de un país más poético y menos austero, hizo más graciosa la pintura del paisaje, y los entes sobrenaturales que pueblan los mares y los bosques. A las Ondinas de los Alemanes corresponden entre los Suecos los *Necker*, y una de sus baladas refiere como estando jugando dos niños a orillas del río, un Necker salió de las aguas con el arpa en la mano y cantó acompañándose. Uno de los niños le dijo: « Bien, haz lo que te parezca, pero no te librarás de la condenación. » El espíritu arrojó el arpa al río, y llorando se precipitó en su seno. Los niños entraron en su casa y contaron la visión a su padre, el cual les dijo: « Corred a consolar al pobre genio; decidle que su redentor vive. » Los niños se dieron prisa a llegar al río, y viendo al genio que lloraba, abandonándose a la corriente: « Consuélate, le gritan, nuestro padre dice que tu redentor vive. » Entonces el genio vuelve a tomar el arpa, y empieza un canto más festivo que todos los demás.

Está fundada en las mismas creencias la balada del matrimonio de Olof.

Al despuntar el día, el señor Olof montó a caballo, y en el camino encontró la danza espléndida, y el ruidoso baile. ¡Oh! el baile, el baile, ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo!

El rey de los Silfos extendió la mano a Olof. « Pronto, dijo, señor Olof; bailad conmigo. ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo!

— No, no; mañana es mi boda; no quiero bailar. ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo! »

La reina de los Silfos le extendió su blanca mano. « Ven, Olof, le dijo: ven y baila conmigo. ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo! »

En aquel momento la novia decía: « ¿Sabréis indicarme por qué tocan de ese modo las campanas? ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo! »

— No podemos ya ocultarlo. Tu esposo Olof ha muerto: le hemos conducido a su casa sin vida. ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo!

A la mañana siguiente, cuando fué de día, se veían tres cadáveres en casa del señor Olof, ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo!

Eran los cadáveres de Olof y de su esposa, y el de la madre, que había muerto de dolor. ¡Oh! ¡el baile! ¡el baile! ¡qué bien se baila a la sombra del bosquecillo!

che, etc., cantos populares suecos de los tiempos antiguos, sacados de la colección de Geijer y Afzelius, traducidos al alemán por R. Varrens, con un prólogo del doctor Fernando Wolf. Leipsick, 1857.

Así la creencia en estos seres misteriosos explica lo que sale de los acontecimientos ordinarios. Un duque, llamado Magno, se vuelve loco; el vulgo atribuye esta locura a seducción de las ninfas de las aguas (*hafstroll*). El duque ve desde el balcón de su torre a la doncella-genio, que sale desnuda a la superficie de las aguas, y se desliza cantando. Pídele ella que la tome por esposa, poniendo ante sus ojos todas las promesas de las hadas. El estribillo dice: « Duque Magno, duque Magno, no pronuncies la palabra no: cástate conmigo; no me rechaces: te daré mucho oro y mucha plata. »

— Soy hijo de rey, joven y valiente. Tu habitación está en las aguas; mis dominios en tierra. No, jamás me casaré contigo.

— Duque Magno, duque Magno, tóname por esposa; no me digas que no, no me digas que no.

— ¿Quién eres tú? Un pobre genio del agua. ¿Y quieres casarte conmigo, cuando no eres ni siquiera cristiana?

— Duque Magno, duque Magno, cuidado con lo que haces, no me trates así. Te volverás loco, ¡oh duque Magno! Loco permanecerás toda tu vida: no me digas que no, no me digas que no. »

Y la balada sigue refiriendo cómo la ninfa le castigó con la locura. Tal se canta en la Götia Oriental y en el Smaaland; Góthe tomó de ella su balada de la Sirena.

Sin embargo, no siempre estos seres intermedios triunfan del hombre, el cual también puede seducirlos, especialmente con la música. Véase un ejemplo en la balada:

El poder del arpa.

La joven Cristina llora todo el día en su bosquecillo. Sir Peter ejerce en la corte el oficio de las armas: « Dime ¡oh tú a quien amo! ¿por qué tanto dolor? ¿Quizá la silla ó los estribos te hieren los miembros? Sientes, quizá, unirte a mí? »

— No; ni los estribos, ni la silla me molestan; mi boda no me entristece. Lloro mis rubios cabellos, que hoy bañará el agua; pues me han dicho que el día de mis esponsales será el de mi muerte. Lloro las aguas de Ringfalla, que ya me han arrebatado dos hermanas.

— Haré herrar de nuevo mi caballo, y sobre sus cuatro herraduras de oro no tropezará; veinte de mis cortesanos estarán junto a ti; doce te seguirán de cerca a cada lado.

Y cuando estuvieron próximos al bosque, se vió a un gamo con los cuernos de oro. Todos los caballeros corrieron tras él, y la joven Cristina se encontró sola. Al llegar al puente de Ringfalla, le faltó un pie al caballo, y a pesar de las nuevas herraduras y de los clavos de oro, arrastró a Cristina a la rápida corriente.

Pronto, pronto, dijo Sir Peter a su paje.

tráeme el arpa; mi arpa de oro, al momento. » A los primeros acordes del arpa, el horrible demonio salió del seno de las aguas, y se mecía en ellas riéndose. A la segunda vibración de las cuerdas, el demonio empezó a llorar. A la tercera, la joven Cristina salió de las aguas con sus pequeñas manos blancas.

Empleando nuevos acordes, sir Peter la obligó a volver en sí y a jugar en sus rodillas. Últimamente el demonio, sumergiéndose otra vez en las aguas, sacó de ellas dos jóvenes más que había arrebatado y que condujo de la mano.

El arpa maravillosa, que Arwidson cuenta entre las baladas suecas, se encuentra en los *Border's Minstrelsy* de W. Scott, y en todos los países del Norte:

Dos caballeros van a una casa en busca de una esposa, y piden la hija menor. Piden la menor y desprecian la mayor.

La menor sabe hilar lino; la otra guardar cerdos. La menor puede hilar el oro; la mayor no puede hilar lana.

La mayor dice a la otra: « Vamos a la orilla del mar. »

— ¿Qué harémos a orillas del mar? No tenemos seda que llevar.

— Nosotras nos parecemos ya: nuestra blancura llegará a ser la misma.

— Aunque te laves todos los días, no te pondrás más blanca de lo que Dios quiere; y aunque lo seas tanto como la nieve, no obtendrás a mi prometido. »

La menor se sienta sobre una piedra, y la mayor la empuja y hace caer al agua.

La pobrecilla alza las manos: « Querida hermana, ayúdame a volver a la orilla. »

— No te ayudaré, si no me prometes cederme tu esposo.

— Te daré cuanto poseo; mas de mi esposo no puedo disponer.

— Te ofrezco enviar a buscar para ti un esposo y un ajuar. »

Sopla el Norte, y arrastra a alta mar el cuerpo. El viento corre por las cerúleas olas, y vuelve a conducir el cuerpo hacia la orilla. Declárase el viento de Levante, é impele el cuerpo hacia la punta de una barca.

Dos peregrinos llegan, y encuentran el cadáver. Toman los brazos de la joven, y construyen con ellos un arpa; toman sus rubios cabellos, y hacen las cuerdas.

« Vamos a la casa vecina, donde se celebra una boda. » Se colocan junto a la puerta, que estaba a medio cerrar, y tocan el arpa.

La primera cuerda dice: « La esposa es mi hermana. »

La segunda cuerda dice: « La esposa me ha causado la muerte. »

La tercera cuerda dice: « El esposo era mi amado. »

La novia se pone encarnada como una brasa: « Esa arpa me molesta; no me gusta oírla. »

La cuarta cuerda dice: « El arpa no callará. »

La novia se dirige al lecho.

El arpa resuena con fuerza, y el corazón de la esposa se despedaza de dolor.

También en Suecia los poetas modernos han acudido a las tradiciones populares; insertaremos dos canciones de Runeberg, natural de Finlandia, pero que escribe en sueco, y es muy apreciado en toda la Escandinavia:

El arroyuelo.

La joven se sienta a la margen del arroyuelo, y baña sus piés. Un pajarillo que se cierne en el aire, le dice: « Joven, ten cuidado. Si enturbias el arroyuelo, el cielo no se reflejará más en él. »

La joven mira al pájaro con los ojos llenos de lágrimas, y exclama: « No te aflijas de ver que se enturbia esta agua; pues pronto se aclarará. Pero, cuando me viste sentada junto a un joven, debiste haberle dicho: — No enturbies el alma de la doncella, porque no tornará a aclararse ni a reflejar el azul del cielo. »

El epitafio de la doncella.

La doncella ha visto a su amante, vuelve con las manos encarnadas, y su madre le pregunta: « Querida, ¿por qué tus manos están encarnadas? »

— Mamá mía, he cogido rosas, y las espinas me han punzado los dedos. »

Otra vez la doncella ha visto a su amante; vuelve con los labios encarnados, y su madre le pregunta: « Querida, ¿por qué tus labios están encarnados? »

— Mamá mía, he cogido nebrinas en el bosque, y su jugo me ha teñido los labios. »

Otra vez la doncella ha visto a su amante, vuelve con el rostro pálido, y su madre le pregunta: « Querida, ¿por qué está pálido tu rostro? »

— Mamá mía, haz abrir una sepultura, entiérrame, pon en mi seno una cruz y esculpe en ella lo que sigue: « Un día trajo las manos encarnadas: su amante se las había estrechado entre las suyas. Un día trajo los labios encarnados: su amante se los había cubierto de besos. Un día trajo el rostro pálido: su amante la había hecho traición. »

§ 7. CANTOS NORUEGOS.

Transcribiremos un canto nacional de la Noruega:

« Hijos del antiguo y noble reino de Noruega, haced resonar el arpa solemne; entonad vuestros varoniles y poderosos acordes; cantad la patria; los gloriosos espíritus de nuestros pa-